

Crónica de una crisis anunciada: **tecnodiplomacia, redes sociales y aranceles** ↗

Juan Sebastián Meneses Calderón ^a

^a Estudiante Facultad de Estudios a Distancia. Programa: Relaciones Internacionales y Estudios Políticos. Universidad Militar Nueva Granada, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: est.juans.meneses@unimilitar.edu.co
ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-0885-5600>
Semillero de Investigación PIREO.



RESUMEN

Este artículo reflexivo examina el auge de la tecnodiplomacia como una transformación profunda en la manera como los líderes contemporáneos ejercen el poder internacional. Mediante un análisis comparativo de figuras políticas como los presidentes Donald Trump, Nayib Bukele, Gustavo Petro, Volodímir Zelenski y Luiz Inácio Lula da Silva, se evidencia cómo las redes sociales han dejado de ser simples canales de comunicación para convertirse en verdaderos escenarios de disputa simbólica, narrativa y estratégica. En estos espacios digitales se construyen identidades políticas, se legitiman decisiones y se proyectan posturas que afectan directamente la percepción global de los Estados.

La investigación parte del reconocimiento de que la diplomacia ya no ocurre únicamente en embajadas o salas de negociación, sino también en plataformas como X, Truth Social o transmisiones en vivo que apelan a la emocionalidad de las audiencias y moldean la legitimidad internacional. Desde los tuits confrontativos del presidente Trump hasta las transmisiones escénicas del presidente Petro, pasando por la narrativa de modernización tecnológica de Bukele o el liderazgo simbólico de Zelenski, el texto reflexiona sobre cómo el poder se representa, se disputa y se viraliza.

Asimismo, se problematiza la delgada línea entre la diplomacia digital estratégica y la diplomacia del espectáculo, señalando los riesgos democráticos de una excesiva personalización del discurso exterior. En este nuevo ecosistema, comprender la lógica simbólica y emocional de la comunicación digital es clave para entender el orden internacional en formación.

Palabras clave: tecnodiplomacia; narrativa política; redes sociales; poder simbólico



INTRODUCCIÓN

En la actualidad, la política exterior de los Estados ya no se comunica únicamente por medio de discursos oficiales, tratados multilaterales o conferencias diplomáticas. En un mundo regido por la inmediatez digital y la sobreexposición informativa, las redes sociales se han convertido en escenarios donde se configuran las percepciones públicas y los fundamentos simbólicos del poder. Esta transformación no es trivial. Lo que se publica en plataformas como X o Facebook puede alterar el curso de una negociación, redefinir la legitimidad de un líder o incluso provocar respuestas estratégicas de los actores internacionales.

La diplomacia, entendida tradicionalmente como el arte de la negociación entre Estados en entornos institucionalizados, ha experimentado un cambio radical. La irrupción de lo digital ha abierto un nuevo campo de interacción, donde el relato, la identidad y la imagen pública no solo acompañan las decisiones diplomáticas: las definen. Las redes sociales han multiplicado las voces, acortado los tiempos y difuminado las fronteras entre el discurso oficial y la opinión personal. En este escenario, cada palabra publicada, cada silencio mantenido y cada símbolo compartido configuran un mensaje político con alcance global. Ya no se trata únicamente de lo que se acuerda en privado, sino de lo que se proyecta al mundo en tiempo real. Lo que antes se debatía entre cancilleres ahora se mide en likes, se difunde en hilos virales y se interpreta por audiencias que observan y juzgan. Por eso, más que una herramienta, la comunicación digital se ha convertido en un espacio decisivo en el que se negocia, se representa y se disputa el poder.

Antes de adentrarse en los casos específicos, resulta necesario aclarar qué es la diplomacia digital y su vertiente más reciente, la tecnodiplomacia. Si bien ambos conceptos comparten un mismo escenario —el entorno digital global—, responden a dinámicas distintas. La diplomacia digital se ha entendido como el uso que hacen los Estados de las tecnologías de la información y la comunicación para alcanzar objetivos de política exterior, influir en la opinión pública internacional y establecer relaciones con actores estatales y no estatales (Bjola y Holmes, 2015). Además, tener presencia en redes sociales e incorporar herramientas digitales en la lógica y la práctica diplomática tradicional.

Por su parte, la tecnodiplomacia va un paso más allá. Es la manifestación más avanzada de este proceso, porque el medio deja de ser un simple canal y se convierte en el escenario mismo del poder. En este marco, las plataformas digitales sirven para comunicar posiciones: son el espacio donde se construyen identidades políticas, se legitiman decisiones, se disputan significados y se negocian narrativas (Nye, 2021). El lenguaje emocional, la estética visual y la inmediatez se vuelven componentes centrales para moldear la percepción global.

Como advierte Nye (2021), el poder blando hoy reside en la cultura o los valores y también en la capacidad de movilizar atención y generar resonancia simbólica. Y como menciona Casas-Zamora (2022), esta transformación abre la puerta a formas de populismo digital que centralizan el mensaje en la figura del líder y difuminan los contrapesos institucionales. Así, la tecnodiplomacia se muestra como una nueva forma de hacer política exterior, y como un reflejo del tipo de orden internacional que estamos construyendo: uno donde las palabras pesan tanto como los tratados, y los hashtags viajan más rápido que los cables diplomáticos.

REFLEXIÓN

Este artículo observa con detalle cómo este giro en la manera de comunicar el poder internacional se manifiesta de forma concreta en un caso que lo resume todo, un nuevo paradigma dentro del sistema internacional: una diplomacia que se despliega en tiempo real, sin intermediarios, donde las redes sociales dejan de ser meros altavoces para convertirse en escenarios de negociación, confrontación y legitimación, como lo evidenció el uso estratégico que hizo de ellas el presidente Donald Trump. Durante su primer gobierno (2017- 2021) y su retorno al poder en 2025, el mandatario ha utilizado sus plataformas digitales como medios de comunicación, pero sobre todo como verdaderas arenas de confrontación, persuasión y ejercicio de poder. Su estrategia comunicativa, cargada de dramatismo, polarización y lenguaje directo, ha roto con los moldes convencionales de la diplomacia estadounidense.

La imposición de aranceles a productos chinos, lejos de ser una medida aislada en el terreno económico, se convirtió en una narrativa digitalizada de defensa nacional. Mediante publicaciones virales, acusaciones de manipulación comercial y discursos sobre soberanía productiva, el señor presidente construyó una lógica de confrontación legitimada ante la opinión pública. Este uso intencionado de las redes modificó la lógica diplomática tradicional e impulsó una nueva forma de acción exterior: la tecnodiplomacia.

Comprender este implica mirar más allá de las pantallas y entender cómo se entrelazan los discursos, las imágenes y los escenarios digitales para moldear el poder en el mundo actual. Esta expresión se apoya, principalmente, en tres bases clave: contar la historia adecuada en el momento justo, convertir símbolos y gestos en mensajes con peso político, y ocupar los espacios digitales como si fueran plazas públicas donde se gana —o se pierde— influencia. En este contexto, el lenguaje deja de ser solo una forma de comunicación: se convierte en el campo de batalla donde se gana legitimidad, se construye reputación y se desafía a los adversarios. Porque quien logra imponer su versión de los hechos habla más fuerte y, por lo demás, decide cómo se entienden los conflictos y quién tiene la razón.

En el caso del presidente Donald Trump, su uso de redes sociales transformó el discurso diplomático tradicional en una herramienta de movilización masiva, cargada de intencionalidad política y emocional. Cada tuit, como una declaración de posición, era al mismo tiempo una construcción deliberada de sentido. Al acusar a China de manipulación monetaria o de prácticas comerciales abusivas, se estaba señalando un conflicto económico, paralelo a la configuración de un marco interpretativo que justificara una política proteccionista de cara a la opinión pública. Desde una lectura basada en los intereses y la lógica del poder, el accionar digital de Trump se caracterizó por una visión del mundo centrada en la competencia entre Estados, donde la seguridad, la autonomía y la defensa del interés nacional primaban sobre cualquier forma de cooperación multilateral.

Su retórica insistente en restaurar la grandeza de Estados Unidos, reforzada con cada publicación en redes, se tradujo en una política exterior que evitaba compromisos prolongados con aliados y prefería acciones unilaterales para demostrar fuerza. La tecnodiplomacia, en su caso, fue una extensión de esa lógica: un escenario para exhibir poder, marcar jerarquías y enviar advertencias sin pasar por los filtros tradicionales de la diplomacia formal. Cada mensaje se encargaba de reafirmar el liderazgo estadounidense, y a la vez buscaba disuadir, corregir o castigar conductas de otros actores con los intereses estratégicos de su gobierno. Esta lógica, enfocada más en imponer condiciones que en dialogar, encontraba en las redes sociales un canal perfecto para amplificar tensiones y fijar posiciones de fuerza.

La estrategia no era aislada. En medio del conflicto comercial entre Estados Unidos y China, la narrativa digital del presidente Donald Trump sirvió como un instrumento de presión previo a la imposición de medidas arancelarias. En lugar de agotar los canales formales de negociación bilateral, optó por construir una narrativa pública en la que el adversario quedaba deslegitimado y el acto unilateral se transformaba en un gesto heroico de defensa nacional. Este patrón se repitió en decisiones clave de política exterior, como el reconocimiento de Jerusalén como capital de Israel, una ruptura con décadas de consenso diplomático internacional que intensificó las tensiones con el mundo árabe, también el retiro del Acuerdo de París que representó un giro drástico en los compromisos globales contra el cambio climático o la presión sobre la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) expresada mediante exigencias públicas a los aliados europeos para aumentar sus aportes, aderezadas con amenazas de retirada si no cumplían las expectativas. En todos estos casos, la narrativa digital no fue un complemento: fue la antesala, el refuerzo y, en muchos sentidos, la verdadera herramienta de poder.

Trump comprendió que la diplomacia ya no se jugaba solo en las salas de negociación, sino también en el espectáculo público. Cada decisión estaba acompañada de una puesta en escena retórica que preparaba al público, domesticaba a los aliados y descolocaba a los adversarios. Así, su política exterior se desarrolló tanto en el atril como en el feed, subvirtiendo los tiempos y los canales tradicionales de la diplomacia con una lógica de inmediatez que privilegiaba el impacto sobre la formalidad.

Sin embargo, el presidente Donald Trump no fue el único en comprender el potencial de este nuevo lenguaje político. El presidente Nayib Bukele ha llevado la tecnodiplomacia a un nuevo nivel, convirtiendo su cuenta de X en un auténtico órgano de gobierno. Lejos del tono confrontativo de Donald Trump, Bukele construye un relato de transformación, modernidad y eficiencia, con una estética visual cuidada, mensajes breves y estrategias comunicativas dirigidas a públicos locales e internacionales. Ha utilizado este recurso para posicionar a El Salvador como un laboratorio de políticas disruptivas: desde la adopción del bitcoin como moneda de curso legal (BBC News Mundo, 2021) hasta la planificación de una ciudad inteligente alimentada por energía geotérmica en la base del volcán Conchagua, conocida como Bitcoin City (Reuters, 2021). Su narrativa proyecta seguridad, innovación y control; sin embargo, también ha sido escenario de señalamientos por censura, uso selectivo de la información y deslegitimación de voces críticas mediante publicaciones directas, a menudo cargadas de ironía o desafío.

Si por un lado sus publicaciones han logrado conectar con una ciudadanía desencantada con la política tradicional, también han sido cuestionadas por expertos internacionales que advierten sobre los riesgos de centralizar tanto poder en la imagen personal de un mandatario. Bukele no solo gobierna: edita la escena, elige los enfoques y controla el ángulo de la narrativa. Esta concentración del relato lo convierte en estrategia y en protagonista de un modelo comunicativo que seduce y desagrade a partes iguales. Y ahí radica su complejidad: entre el impulso renovador y la tentación autoritaria, su estilo interpela al mundo con una pregunta abierta, quizás incómoda, pero necesaria: ¿puede un presidente ser el único rostro del país ante el mundo sin que eso afecte el equilibrio del poder?

La diferencia entre ambos estilos radica en la forma como se construyen y se forjan las identidades nacionales. Donald Trump proyecta una identidad de hegemonía desafiante, basada en la superioridad de poder y el reclamo constante del liderazgo global. Por su parte, Nayib Bukele impulsa una narrativa de innovación política en contextos periféricos, donde la modernización tecnológica, la estética comunicacional y la ruptura con las formas tradicionales se presentan como credenciales de legitimidad. Uno se impone desde la fuerza simbólica de una superpotencia; el otro

seduce desde la audacia de lo inesperado. Ambos, sin embargo, ilustran cómo el espacio digital se convierte en una arena de disputa simbólica, donde el poder ya no solo se mide en capacidades militares o económicas, sino en la eficacia para construir relatos coherentes, emocionales, resonantes y capaces de redefinir la posición de un país en el tablero internacional.

En este mismo escenario, otros mandatarios han sabido bailar con la música de los algoritmos: el presidente Volodímir Zelenski, por ejemplo, entendió que no basta con resistir una invasión en el campo de batalla: también hay que ganarla en el terreno de la percepción. Su uso de mensajes breves, directos, cuidadosamente difundidos por las redes sociales, convirtió a Ucrania en una víctima visible y en una causa internacional con rostro humano. Su estrategia ha sido doble: como líder cercano al ciudadano común, transmitiendo desde trincheras y salas oscuras; y como figura institucional que, sin levantar la voz, logró mover parlamentos enteros con un video de dos minutos subtítulo en múltiples idiomas. En tiempos de guerra, los tanques son necesarios, pero los hilos virales pueden ser igual de devastadores. La diplomacia digital, en su caso, se volvió un escudo simbólico y una bandera de legitimidad.

Volviendo a América Latina, la narrativa digital ha encontrado en algunos líderes un lienzo fértil para difundir visiones de transformación. El presidente Gustavo Petro, por ejemplo, no ha dudado en usar X como un espacio de confrontación ideológica, en el que sus publicaciones, a medio camino entre manifiesto político y comentario espontáneo, han generado a la par admiración y polémica. Con elocuencia académica y un tono épico que a veces raya en lo teatral, ha intentado posicionar a Colombia como una voz crítica del sistema internacional, abordando temas tan diversos como el conflicto en Gaza, el modelo energético global o el legado colonial. En sus mejores momentos, sus mensajes son ejercicios de reflexión geopolítica profunda; en sus peores, estallan como granadas verbales que reavivan conflictos internos o tensan relaciones diplomáticas. A ello se suma su apuesta por una diplomacia escénica que, en más de una ocasión, ha rozado el reality show: sus consejos de ministros transmitidos en vivo desde plataformas digitales, con cámaras que captan gestos, silencios incómodos y aplausos forzados, recuerdan más a un episodio de “La casa de los famosos” que a una cumbre de Estado.

Esta teatralidad no pasó inadvertida, cuando un cruce de declaraciones con el presidente Donald Trump por la deportación masiva de colombianos encendió la chispa de un duelo digital entre mandatarios. Petro acusó a Estados Unidos de hipocresía migratoria y Trump, sin perder el estilo que lo caracteriza, respondió en mayúsculas, lanzando un post en X en mayúsculas que decía textualmente: “PETRO ES UN INGRATO Y UN DESLEAL. NOSOTROS LES DAMOS AYUDA Y ÉL NOS ATACA. ¡MAL LÍDER,

MALA GENTE!” (Trump, 2025, Truth Social). Este encontronazo digital marcó un punto álgido en la ya compleja relación entre ambos gobiernos, revelando cómo la diplomacia contemporánea no solo se libra en cumbres internacionales, sino también —y cada vez con más frecuencia— en la arena ruidosa y emocional de las redes sociales. En medio de esta tormenta de entradas, la apuesta de Petro se mantenía clara: construir una identidad internacional disonante, pero articulada, una Colombia que piensa y que desafía, aunque no siempre logre agradar al algoritmo ni al protocolo, y mucho menos a sus pares internacionales.

Por su parte, el presidente Luiz Inácio Lula da Silva representa un caso en el que la tecnodiplomacia se mezcla con la nostalgia política y la reconstrucción de legitimidad. Su regreso al poder estuvo acompañado de una estrategia digital que recurría tanto a la memoria colectiva como al presente inmediato. Sus redes sociales se convirtieron en canales de reconciliación simbólica, entre el pasado de las luchas obreras y el futuro prometido de una nueva inserción internacional. Buscó conectar con votantes y reconfigurar la imagen de Brasil en el exterior, luego de los episodios de aislamiento y polarización. Su tono, pausado pero firme, recuerda que en diplomacia también hay espacio para la calma estratégica, incluso cuando se navega en aguas agitadas.

Estos eventos revelan que no existe una única forma de hacer tecnodiplomacia, pero sí una constante: quien domina el lenguaje digital, con sus códigos, silencios y emojis incluidos, tiene una ventaja en la construcción de poder simbólico. Ya no basta con tener un cuerpo diplomático brillante o un tratado bien redactado. Si el mensaje no circula, no existe. Si no emociona, no moviliza. Y si no se comparte, no transforma. En este orden de ideas, el liderazgo internacional no se mide solo por la cantidad de embajadas abiertas, sino por la capacidad de conectar, persuadir y posicionar discursos en un ecosistema mediático fragmentado, acelerado y, a veces, peligrosamente volátil.

CONCLUSIÓN

La tecnodiplomacia no es un fenómeno pasajero ni un accesorio coyuntural de la política exterior contemporánea; se trata de una transformación estructural en las formas como los Estados, sus líderes y otros actores internacionales construyen poder, influencia y legitimidad. Lo que antes se discutía en círculos cerrados ahora se disputa a la vista de todos, y lo que antes dependía exclusivamente de cables diplomáticos hoy se define también en los muros virtuales de las redes sociales.

Esta transición obliga a repensar en los canales de comunicación y en el propio sentido de la diplomacia. En un escenario donde los símbolos, narrativas y representaciones colectivas ocupan un papel determinante, la capacidad para construir un relato coherente, emocionalmente potente y globalmente visible se convierte en una forma de poder que compite con los tradicionales atributos materiales de los Estados.

El análisis de los casos del presidente Donald Trump y el presidente Nayib Bukele revela dos estilos distintos, pero complementarios de ejercicio de la tecnodiplomacia. Mientras el primero recurre a una narrativa confrontativa y polarizadora que redefine alianzas y adversarios, el segundo apuesta por una imagen de modernización, eficiencia y cercanía con la ciudadanía global. Ambos comprenden, sin embargo, que en la diplomacia del siglo XXI el silencio es más costoso que el error, y que no participar en la conversación global equivale a ceder terreno simbólico.

La creciente digitalización del poder internacional plantea desafíos importantes para los sistemas democráticos, los derechos ciudadanos y la soberanía comunicativa. La manipulación del discurso, la viralización de mensajes falsos o la concentración de la opinión pública en pocas plataformas privadas son riesgos latentes que deben enfrentarse con responsabilidad ética y capacidad regulatoria.

En este contexto, resulta urgente que los Estados redefinan sus estrategias diplomáticas, incorporando profesionales capacitados en comunicación digital, análisis discursivo y gestión de crisis en redes. La formación en relaciones internacionales no puede ignorar estos nuevos escenarios, porque el campo de batalla por la influencia global se ha trasladado, en gran medida, al terreno simbólico.

En definitiva, esta crónica de una crisis anunciada no pretende ofrecer respuestas definitivas, sino abrir preguntas que inviten a una reflexión profunda y comprometida sobre el tipo de diplomacia que exige nuestro tiempo. Si los tratados ya no se negocian solo en salas cerradas, sino también en hilos de X, entonces debemos prepararnos para una política internacional donde la palabra, la imagen y el silencio pesan tanto como los intereses geopolíticos. Una diplomacia con rostro digital que interpela, provoca y, sobre todo, construye el nuevo orden global.

La invitación entonces, no es a solo observar las publicaciones en X, transmisiones o gestos de los mandatarios como simples anécdotas, sino a preguntarse qué tipo de mundo estamos tejiendo con cada mensaje viral. ¿Será esta la nueva forma de hacer política exterior? ¿O estamos ante una diplomacia del espectáculo que arrastra consigo riesgos aún inexplorados? Sea cual sea la respuesta, el escenario ya está montado, los focos encendidos y el timeline avanzando. Queda en manos de la ciudadanía crítica —y de los internacionalistas curiosos— decidir si observarán desde la barrera o participarán en la conversación.



➤ REFERENCIAS

- BBC News Mundo. (2021, 7 de septiembre). El Salvador: Bukele convierte el bitcoin en moneda de curso legal pese a críticas y protestas. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-58472967>
- Bjola, C. y Holmes, M. (2015). *Digital diplomacy: Theory and practice*. Routledge.
- Casas-Zamora, K. (2022). El auge del populismo digital en América Latina. Brookings Institution. <https://www.brookings.edu/articles/the-rise-of-digital-populism-in-latin-america>
- Friedman, U. (2018, 10 de diciembre). El impacto de los tuits de Trump en la diplomacia estadounidense. The Atlantic. <https://www.theatlantic.com/international/archive/2018/12/trump-twitter-diplomacy/577903>
- Nye, J. S. (2021, 8 de febrero). Poder blando y diplomacia pública en la era digital. Foreign Affairs. <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2021-02-08/soft-power-and-digital-diplomacy>
- Reuters. (2021, 21 de noviembre). El Salvador planea construir “Bitcoin City” cerca de un volcán y financiarla con bonos de criptomonedas. <https://www.reuters.com/markets/currencies/el-salvador-plans-bitcoin-city-powered-by-volcano-2021-11-21/>
- The Economist*. (2023, 15 de junio). El Salvador de Bukele: autoritarismo con altos índices de aprobación. *The Economist*. <https://www.economist.com/the-americas/2023/06/15/bukeles-el-salvador-authoritarianism-with-high-approval-ratings>
- Trump, D. [@realDonaldTrump]. (2025, 10 de mayo). PETRO ES UN INGRATO Y UN DESLEAL. NOSOTROS LES DAMOS AYUDA Y ÉL NOS ATACA. ¡MAL LÍDER, MALA GENTE! [Publicación en Truth Social].
- Zhong, R. y Swanson, A. (2023, 5 de octubre). EE. UU. y China profundizan su disputa con una nueva ronda de aranceles a la tecnología. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2023/10/05/business/us-china-tech-tariffs.html>